

II

El Paso de las Ánimas

Si no amenaza lluvia ni tiene urgencia de visitar a algún enfermo, don Plácido Ladera emprende a diario su caminata vespertina cuyo habitual itinerario es la vereda que bordea la bahía rumbo a la playa de Barlovento hasta cuyos abruptos arrecifes no llega desde la muerte de Balbina.

Su paseo cotidiano sólo incluye en su recorrido la distancia que va desde su casa hasta el puente que cruza la quebrada. Detenido sobre él, mira el inquieto correr del agua, le echa un corto vistazo a los tamarindos, rememora su infancia y, de regreso, se toma un buen descanso bajo los árboles del umbroso rincón que la costumbre sigue denominando el Paso de las Ánimas.

El tupido ramaje de corpulentos mangos, caimitos y mameyes une sus hojas y forma sobre el sitio como una especie de túnel vegetal de umbrío frescor cuyo atractivo crece a medida que el sol va declinando y adquiere cierto carácter de misterio que invita a meditar, sobre todo, porque una cruz de hierro señala allí una inicua efeméride que en realidad recuerda un crimen sádico.

Cristianos símbolos idénticos, clavados en diferentes puntos de la isla, dan testimonio de muertes ocurridas de modo trágico en los aciagos tiempos de la Colonia o en los días turbulentos de la Fiebre del Oro, pero ninguna cruz, piensa él, ha dado pábulo como ésta a tan copiosa tradición de fantasmas y presagios.

Al apartar con su bastón la hojarasca que cubre la peana, golpea por incidencia la cruz y de su herrumbre se desprenden costras de óxido. Las sacude, se sienta sobre el ruinoso zócalo y contempla la dársena.

Años atrás, gente piadosa anónima mantenía en aquel paso una guaricha siempre encendida para eterno descanso de las benditas ánimas del Purgatorio. En ese tiempo, aún no había como ahora alumbrado eléctrico, piensa don Plácido, y los pocos faroles del Municipio sólo beneficiaban áreas pobladas. Siendo una bóveda de tan sombrío ramaje, el Paso de las Ánimas fomentó mil leyendas de aparecidos, un perro negro, un cura sin cabeza, cierto ahorcado que ardía. Los timoratos temían aventurarse de noche bajo sus árboles.

Cuando la oscuridad invadía la isla, la luz de la bujía agigantaba el zigzaguo de las sombras a cuyos lóbregos efectos se unían el ruido de las frondas movidas por el viento, el mugir de las olas y el chillido estridente de los murciélagos. Sólo jóvenes ebrios temerarios se arriesgaban impávidos por tan siniestra curva del camino, pero lo hacían en grupos y jamás se olvidaban de rezarle a las ánimas.

Don Plácido no cree en supersticiones.

—¿Cómo sigue Balbina? —dijo Clotilde—. Te envió recado. Acuérdate. Está grave.

—¿Qué tiene?

—¿No fuiste a visitarla? La pobre está tan sola desde que se llevaron a su nieta para el asilo de dementes. Puede estar en las últimas. Aún puedes...

—¿Ir hasta Barlovento?

—La tarde está cayendo —dijo Vicenta—. Debes apresurarte. No te olvides de rezar la Magnífica.

Don Plácido Ladera contempla el mar, las barcas, las gaviotas.

Allá en la lejanía, un trasatlántico, rumbo a la boca del Canal, da la impresión de estar inmóvil.

Sobre los artecifes se aglomeran, con su flemática alharaca, innumerables pelícanos, algunos de los cuales, como por turno, alzan de vez en cuando el vuelo, planean con sus extensas alas abiertas, descienden bruscamente, se sumen como flechas entre las olas y salen luego a flote chorreando agua con su presa en el pico.

A poca altura, sobre la orilla de la playa, las tijeretas abren y cierran las puntas de sus colas como cortando el aire. Diminutos cangrejos corren de un lado a otro y hacen esguinces huyendo de la inquieta chiquillería semidesnuda que saca almejas de la arena. Creo que uno de esos niños es

Juancito el hijo de la maestra Salerno. Se le ha escapado. Hoy ella debe estar en la iglesia muy atareada en los arreglos del Santo Sepulcro.

A lo lejos, el majestuoso paquebote se va ocultando tras una isla, buena prueba, piensa don Plácido, de que su inercia era aparente. Igual pensamos de los astros; parecen fijos, pero marchan veloces. ¿Y el tiempo? Lo imaginamos lento o rápido según la relación que establezcamos entre él y nuestras vidas en base a diferentes estados de ánimo. La verdad es que el tiempo es la más paradójica de las incógnitas.

Esta fugacidad de la existencia me ha jugado la peor de las partidas, pues de pronto me he dado cuenta de que los años se me han venido encima vertiginosamente.

Lo que en definitiva ha consternado a don Plácido es la evidencia de que le faltan pocos días para llegar a ser ni más ni menos que un contumaz nonagenario de barba rala y testa calva. Tan fugaz es el tiempo, que apenas le parece haber iniciado ayer sus clases como maestro de enseñanza primaria.

La verdadera vocación de don Plácido, como todos sabían, aún seguía siendo la medicina, carrera de la cual logró aprobar, en Bogotá, varios cursos. Fue una lástima no haber podido... Bueno, se vio obligado a interrumpir sus estudios debido a las continuas asonadas y por falta de medios sin que aun todo ello lo hiciera desistir de proseguirlos a la buena de Dios. Su tenaz sueño de convertirse en médico contra viento y marea lo hizo volver del altiplano con más bríos y creció en él de manera tan obsesiva que sin ayuda de maestros se hundió en los libros; sirvió en los hospitales haciendo oficios de enfermero y ayudando a practicar las autopsias; luego fue cirujano de emergencia y adquirió gran destreza amputando piernas y brazos durante las agónicas jornadas de la guerra civil. Cuando quedó cesante «por razones políticas» se estableció definitivamente en la isla, supliendo la carencia de médicos y aun de farmacia ya que él mismo vendía las medicinas que recetaba. Poco a poco se ganó la confianza de todo el pueblo. Lo buscaban hasta en las altas horas de la noche y aun en la madrugada, pues al fin y al cabo no tenían en la isla a quién acudir. Por consideraciones de estricta ética jamás cobró honorarios. Se conformaba con lo que producía la venta de los medicamentos si bien es cierto que el Debe y el Haber de la bótica no balanceaban casi nunca ya que los clientes adquirían las medicinas al crédito y, una vez curados, olvidaban el compromiso de pagarlas. Ni siquiera la escasez económica en que vivía habría bastado a decidirlo cuando el Alcalde quiso que me encargara de la Escuela Primaria en ocasión de la aciaga muerte de mi hijo Néstor que era maestro debidamente titulado y que además

poseía una sólida cultura didáctica. Seducido por Débora sufrió como una especie de colapso ético y se dejó arrastrar por el berrinche lujurioso de la hembra. Supe ocupar su puesto día tras día dejando a salvo el honor de la familia. Muerto él, no tuve más remedio que seguir ejerciéndolo gratuitamente al enterarme de que Néstor había pedido un préstamo al Banco Nacional para despilfarrarlo con su coima. El Presidente de la República, padrino de él, le había servido de fiador y desde luego, consideró oportuno que la escuela siguiera sin maestro mientras el muerto cancelaba su deuda hasta el último centavo. Por tal motivo reemplacé a Néstor **ad honorem**. Años después, por suerte, me confirmaron en el puesto. La asignación, sin ser muy alta, era una base eficaz para su quebrantada economía. Se dedicó casi del todo a la enseñanza. Más serviré como maestro que como médico, decía, porque en esta isla nadie se enferma. Con este sol, este mar y esta brisa no hay dolencia posible. Sólo se mueren los ancianos aunque todos gozamos de una salud matusalénica. Cuando lo pensionaron, después de mil gestiones, fungía de director de la escuela. Tenía bajo su mando varias maestras ya que la población escolar había crecido a causa de la abundancia de mariscos y del aire yodado como él decía. Sus funciones docentes no le impidieron la adecuada atención de sus enfermos y, al jubilarse, volvió a ejercer de lleno la medicina sobre todo porque el subsidio que recibía tenía características de dosis homeopática. Sus dos hermanas solteras administraban, mejor que él, la farmacia, valiéndose del viejo santo y seña de **hoy no se fía, mañana sí**. Ellas también atendían a los diversos quehaceres de la casa, pues ambas eran duchas en la cocina y expertas en encaje de bolillo y repostería, habilidad que las volvía indispensables en nacimientos, bodas, cumpleaños y velorios. En el pueblo solían llamarlas por cariño la niña Clo y la niña Chenta.

—No te olvides de ir a ver a Balbina —le había dicho Clotilde. Y Vicenta:

—Si ves al perro negro, rézale la Magnífica.

Ya era de noche en Barlovento y el bohío de Balbina no daba más señales de vida que los rebuznos del borrico y el ladrido de un perro. No había vecinos por todo aquel contorno. La débil claridad que despedían varias velas encendidas frente a un retablo me permitió acercarme hasta la cama. La pobre anciana apenas respiraba. Tenía congestionados los pulmones y muy apagado el pulso. Abrió los ojos y en su agónico esfuerzo musitó algo que oí a medias. Más que mi ayuda física, lo que necesitaba era el auxilio espiritual de un sacerdote. No había ninguno en la isla en

esos días y mi deber era salvarla a toda costa. Luché a brazo partido durante varias horas aun convencido, como lo estuve desde el instante en que llegué, que todo esfuerzo mío sería inútil y que nada en el mundo podía cambiar el desenlace fatal. En un rincón del cuarto, junto al altar, había una imagen del Nazareno casi del porte de un muchacho crecido. Era la que, montada en el borrico, hacía su entrada triunfal bajo los arcos el Domingo de Ramos en recuerdo de la ida de Jesús a Jerusalén. En sus últimos gestos ella trataba de indicármela. Se la acerqué. Quiso tocar el rostro del Mesías, pero quedó como en suspenso, con los ojos abiertos. Se los cerré piadosamente. Cubrí el cádaver y salí. Estaba oscuro. Sentí de pronto un ruido extraño que me paralizó. ¿Era el borrico? Caminé casi a tuestas entre penumbras y eché a andar muy de prisa y excitadísimo, pues me sentía culpable de aquella muerte. ¿Cómo pude olvidarme de visitarla? ¿Por qué motivo no acudí a su llamado desde tempranas horas de la mañana? La habría salvado. De ello estaba seguro, sobre todo porque Balbina tenía fe en mí. En su sencilla escala de valores, yo ocupaba, después del Galileo, la inmediata categoría. Confió en mí. No cumplí. ¿Lo hizo Jesús? Para ella, sí. Mientras trataba de analizar los hechos procurando absolverme de esa especie de complejo de culpa que iba invadiéndome, me di cuenta de pronto que estaba a punto de atravesar el Paso de las Ánimas cuyo lóbrego túnel me dio pavor. La parpadeante luz que desde el nicho despedía la bujía, creaba sobre el camino una siniestra abracadabra de sombras. Los murciélagos volaban junto a mí sibilantes. De repente sentí a mi lado la presencia inequívoca del perro negro. Percibía claramente sus pisadas. ¿Qué rezar? ¿El Magnificat? Además de haber sido buen liberal, yo era masón. Había olvidado mis oraciones. Nada podía librarme de mi miedo, de mi angustioso sentimiento de culpabilidad.

Cuando llegué a mi casa, mis dos hermanas me esperaban amedrentadas y habían salido a media calle con una lámpara encendida. Parecían enteradas de lo ocurrido porque una de ellas dijo:

—Nos traes el perro negro de Balbina. ¡Qué buena cosa!

—Claro —dijo la otra—. Ella, en su gloria, ya no lo va a necesitar. Ven, Barrabás. Compórtate. Vivirás con nosotros.

El sol, ya en el ocaso, lanza sus últimos relumbres sobre la eternamente móvil grandiosidad del mar.

Presintiendo que su hora de cenar se aproxima, don Plácido emprende el camino de regreso.

III

Las brujas ayudaron a Felipe

—Pues te aseguro que Felipe estuvo en un tris de que se lo llevatan las brujas —dijo María Dolores.

—No le creas a tía Lola, Serafín —terció Cándida.

—Dios te va a castigar por incrédula —repuso la aludida.

—Se ha comprobado que las brujas existen. —Con Serafín del Carmen nadie estaba seguro jamás. ¿Hablaba en serio? ¿Bromeaba? La tía Lola se le quedó mirando—. Aquí en la isla se han dado muchos casos...

—Que sólo descreídos como Plácido y Cándida pueden poner en duda. Lo de Felipe fue un suceso verídico. Una noche las brujas lo hicieron extraviarse entre la espesa frondosidad que hay tras la escuela y aunque no las veía quedó aterrado porque ellas lo foeteaban con las ramas y se reían a carcajadas. Era como si los arbustos lo azotaran a puros vergajazos. Y aun punzantes ortigas se dieron gusto. Para colmo de males, Felipe estaba en cueros. Se formó un zipizape de los infiernos porque las mismas brujas tocaron las campanas y la gente corría de un lado al otro sin resolver a qué atenerse. De chiripa lo pudieron salvar. Yo, por mi parte, me encerré en mi recámara a rezar la **Magnífica**.

Con su totuma de guandú desgranado la tía Lola se metió en su cocina. Desde allí perjurarba contra la gente incrédula y seguía persignándose.

De mutuo acuerdo, Cándida y Serafín del Carmen se esfumaron muy silenciosamente hacia la iglesia. Esa tarde, tras el solemne lavatorio, se iba a oficiar la última cena. Los doce ancianos más representativos de la isla, ataviados de apóstoles, iban a ser honrados en el altar y en la plaza del

pueblo. Ya estaban en sus puestos, con sus túnicas blancas, los más asiduos y puntuales; Senón Oviedo, Sócrates Galarza, Píndaro Cárcamo, Marco Aurelio Mendíquez, Agustín Izaguirre y Benigno Pascal.

Faltaba aún mucho para la ceremonia del lavatorio y, para colmo de males, hacía mucho calor en la iglesia.

Cándida y Serafín del Carmen buscaron en el atrio un sitio donde sentarse al fresco. Desde allí se admiraba parte de la bahía y algunas barcas. A lo lejos humeaba un trasatlántico.

Él enunció:

—Esa historia que nos contó tía Lola...

—Inverosímil —dijo ella.

—Tal vez ficticia pero, sí, verosímil. Ideal para mi libro.

—¿Piensas crear fantasías?

—Deseo darle elementos a mi imaginación. Eso es el arte.

—Lo que contó tía Lola es un infundio. La verdad es distinta. Ese chalet que está frente a la escuela, sobre la misma playa, donde hoy está instalada la Unidad Sanitaria, era antes casa para alquilar. Un gringo, jubilado de la primera guerra mundial, cuyo nombre nadie supo jamás, residió allí casi un año. Se pasaba la vida navegando en un bote con motor fuera de borda. Era extraño, hosco, huraño. No hizo amistad con nadie. Tenía fama de disparar muy bien. Tal vez su afán de soledad y escapismo se lo inculcaban los espectros de aquellos a quienes en la guerra despachó al otro mundo.

Tenía una esposa joven, demasiado bonita y pizpireta, puertorriqueña. La llamaba Bonina e hizo muy buenas paces con la gente del pueblo. No había fiesta donde no la invitaran. Siempre se presentaba sola. El esposo jamás la acompañaba. Bailaba bien. Poseía un admirable temperamento. Cooperaba con las actividades de la Semana Santa y asistía a los oficios religiosos.

Parece que Felipe le hizo proposiciones impúdicas y ella supo esquivarlo honestamente pero, como era demasiado sincera, se lo dijo al esposo y éste borracho. estuvo a punto de asesinar a Pipe, qué escapó monte arriba y,

atrapado, no tuvo más remedio que invocar a las brujas para que lo salvaran. Se dice que Faustina organizaba aquelarres a todo dar. Creo que no es cierto.

—La historia que me cuentas pueda ser o no ser la verdadera pero carece de asideros para colgarla como se cuelga un cuadro y hacerla parecer verosímil.

Beto Cárcamo que, por estar cercano había escuchado lo que Cándida y Serafín del Carmen conversaban del finado Felipe, se aproximó a ambos primos con sonrisa sardónica y les dijo:

—Esa famosa historia de las brujas se, ha repetido tanto que ya casi parece inverosímil. No sacaríamos nada ni invocando al espíritu de Felipe. Lo que él mismo me dijo puede ponerse en duda pues sabemos que era el hombre más mentiroso de isla. Los compinches de Pipe llamaban a Bonina **La Borinqueña**. Por más honesta y pura que, sea una dama, si está famélica y escasa de lo que ya sabemos, se ingenia para saciar su instinto aunque para ello peque contra el tabú paradisiáco. Felipe, que tenía olfato canino se ingenió, la asedió, la hizo suya. Como el gringo no estaba casi en casa ni por las noches, Felipe y la feliz Borinqueña, después de darse un baño entre las olas, se metían en el lecho a hacer su agosto. Felipe les contaba a sus amigos que él y Bonina se paseaban por la casa desnudos bebiendo tragos o haciendo esto y aquello. A veces, aún desnudos, nadaban en el mar a media noche. Los demás lo envidiaban, lo cual dio pábulo a un anónimo. El gringo se volvió receloso. Preparó su revólver y le dijo a Bonina que iba a matar al negro Pipe. Como es de suponer, Bonina se lo dijo a Felipe que haciendo alarde de coraje creyó oportuno llevar también su colt en la cintura. Todos los días bien de mañana, se iba del lado atrás de la isla y disparaba balas a tutiplen y a troche y moche para afinar su puntería. Una noche el gringo se presentó en la casa de sorpresa. Felipe logró escapar, desnudo, por la cocina pero, por no dejarse ver tal como estaba, no tuvo más remedio que correr loma arriba bajo los árboles hasta llegar a un sitio boscoso. Para salir de allí no le quedaba otra escapatoria que pasar por el sitio donde el gringo esperaba bien borracho dispuesto a disparar. Felipe recordaba que el hombre había peleado en la guerra. Tenía fama de buena puntería y un cruel aspecto de criminal. La noche iba avanzando. Los murciélagos lanzaban sus chillidos escalofriantes, los sapos croaban y el viento remecía fuerte las ramas. Felipe comenzó a sentirse incómodo pensando en brujas y en espectros. Se había ocultado precisamente en

cierto sitio del que se rumoraban las cosas más terribles. De repente tuvo una idea genial. Desde la loma donde estaba escondido se veía claramente la lucecita de la torre y guiándose por ella comenzó a disparar contra las campanas. El pueblo se alarmó. Todo el mundo corrió hacia la bahía creyendo que se trataba de algún naufragio o de un ahogado o de alguna nueva víctima de los tiburones. Cuando Felipe sintió a la muchedumbre, se echó a gritar como un demente ¡Auxilio! ¡Ayúdenme! ¡Las brujas quieren llevarme! Lo salvaron a tiempo. Lo cubrieron. Y nadie puso en duda la historia de las brujas. El gringo se marchó de la isla con su preciosa **Borinquena**, pero luego se supo que al año la dejó horrorizado porque ella tuvo un hijo de Felipe. La famosa casita se convirtió más tarde en Unidad Sanitaria. Recuerden que instalamos en ella a los oficiales de la guerra de Coto.

IV

Pro mutuo beneficio

—Doctor Ladera, escúcheme. Quisiera consultarle algo que a lo mejor va a resultarle enojoso.

Fin Lay, el nuevo director de la escuela, es quien lo saca de sus cavilaciones.

—¿Qué tal, Delfín?

Imaginando por dónde va a salirse, se ingenia para evitar a todo trance la enojosa entrevista. Tira de su leontina, ojea el reloj, nota que la hora de su cena está cerca; mira a Fin Lay, comprende que el más mínimo intento de dilación sería inútil y, entre cordial y receloso, dice con toda parsimonia:

—Mientras hablamos, podemos avanzar hacia mi casa. ¿De qué se trata?

—Supongo que ya se habrá enterado.

—¿De qué?

—¿De qué va a ser, don Plácido? Del lamentable e insólito discurso que la maestra Salerno pronunció esta mañana ante la estatua de Francisco Pizarro. Según ella, hoy es el décimo aniversario de su inauguración.

—Lo cual es cierto.

—Y de la muerte de Felipe el Hermoso. Lo cual es falso.

—Según se mire.

—La maestra se disgustó conmigo porque supone que me opuse a la asistencia de los alumnos en la plaza. No dependía de mí. Como ellos ahora